



El jefe dió la orden, y todo el mundo se estuvo quieto...

Con gran trabajo averigüé quién hacía cabeza ó por lo menos tenía el grado superior entre aquellos bribones. Era un mocetón alto, fornido, bien compuesto de rostro y al parecer muy distante de aquel oficio. Le presenté la orden de Rojas, y (caso raro que le regalo á un sociólogo para que demuestre que el gobierno ó algo que se le parezca debe existir aun entre los pillos más desapoderados) al ver el garabato que conocía como firma de Rojas, ordenó cesara la destrucción y que se restituyeran todas las cosas á su primer estado: poco faltó para que besara el papel y lo pusiera sobre su cabeza, como se hacía con las cédulas reales en tiempo del rey mi señor.

Cabalmente un rojeño llegaba á avivar el fuego echando el cuadrote que contenía en extracto la historia de los Torres Lares, desde su origen y florescencia hasta su *menoscabo y vuelco*; otro escondía en la cotona un estuche con alhajas y otro se ponía tranquilamente unas botas de agua que habían pertenecido á mi padrino.

El jefe dió la orden, y todo el mundo se estuvo quieto; pero el del cuadro dijo entre dientes, poco más ó menos:

— *Pos pa* estas gracias, más valía que ni dejaran coger lo que uno quisiera; luego han de venir con papelitos.

— ¿Qué estás rizongando, indino, jijo de la mala vida? ¿Cuánto vas que te doy una cintariza con que se te quite lo hocicón?... El jefe lo manda y ansina se ha de hacer

unque Dios no *quera*, *cuantimás* tú, pedazo de desgracia.

— Yo nada digo, pero la *verdá* me duele que apenas empiece uno á trabajar y se lo quiten.

— Será lo que don Antonio mandé, y tú no te tienes que meter.

Contando con la buena voluntad del mandón apagamos el incendio, recogimos lo que estaba tirado por el suelo, guardamos varios legajos de papeles que tenían en la cubierta la palabra «Importantísimo» y pusimos todo en orden. Lo que habían allegado los honrados ladrones, se lo dejamos, pues como Sancho en Sierra Morena, lo habían adquirido de buena fe.

Notaba que el jefe de los facinerosos no cesaba de mirarme á la cara, como si recordara mi fisonomía y dudara temiendo *pegarse chasco*. Al fin no pudo aguantar y me dijo:

— Dispense, jefe; ¿no es usted un señor oficial que estuvo herido por Cocula hace como dos años?

— El mismo soy, respondí, y tú eres Guadalupe, mozo de don Alonso y mi acompañante en la hacienda.

— El *mesmo* soy, señor, y me alegro de haberlo visto. Mire cómo al fin nos juntó la suerte... Yo, desde que se arruinó la hacienda, porque señor don Alonso *cargó el juicio*, por la *pensión* de lo de la niña, no vivía ni estaba en paz... Luego se me metió el diablo y me jurté á la muchacha que, dispensándome la buena persona de su mercé,

tenía apalabrada; y como ñor Gregorio, ahora mi suegro, se puso furioso diciendo que me había de matar y que esto y que lo otro, que *jue* y que vino, me encomendé á Dios y zás, lo metí á la *refolufia* á ver qué salía; y ya mira su mercé á esta hora soy *comandante* por favor del jefe.

— Pues somos compañeros, porque yo también soy comandante; pero tú llegarás á general y yo no pasaré de aquí, porque me retiraré á mi casa luego que se acabe la *bola*.

— ¡Ah, qué l'amo! *dialtiro* se burla; ¿pero cómo había de querer ser igual á su mercé, si yo, con perdón de la gente, para ser burro no necesito más que el rebuznido? ¿Qué general voy á ser sin saber siquiera la o por lo redondo?

— Pues general serás, ó no habrá justicia en la tierra.

— *Pos* con licencia de su buena persona nos largamos, que aquí quien sabe si se nos pegue algo en las manos...

Llegaba en esto un mozo llevándome un tazón de chocolate, que había pedido sintiéndome desfalleciente; pero al ver venir el canjilón custodiado por una media docena de bizcochos duros, el general *in fieri* no se pudo contener (como la gata que se volvió señorita, y se precipitó á coger un ratón olvidándose del tontillo y la peluca), y de manos del mozo cogió el vaso de agua clara y la *charola*, y se empeñó en atenderme como en días mejores.

Luego se marcharon los improvisados ocupantes de la

casa, sin que quedaran dentro siquiera los que Guadalupe se empeñaba en dejarme para evitar nuevas agresiones.

El comandante se despidió de mí con todos los rendimientos del mundo, mientras yo repetía lo que el gobernador de la Barataria, al oír que el diablo correo juraba en Dios y en su conciencia: hasta en el infierno debe de haber buena gente.

Nunca me había encontrado tan á mis anchas en la casa de mi padrino. El viejo portero que cuidaba la finca, y que era el mismo á quien había yo conocido siendo estudiante, se retiró á su habitación, y yo me quedé dueño absoluto de todo cuanto pertenecía á los nobles habitantes de aquella mansión.

Primero estaba la sala, con sus muebles de cerda y sus muñecos azules de porcelana; allí miré aquella cajita de música que de muchacho hacía mis delicias, y aquel reloj, ahora parado, que acompañaba el toque de las horas con una sonata que ejecutaban los doce músicos que iban saliendo provistos de sendos instrumentos. Los espejos, que habían reflejado mi imagen de niño medroso y asustadizo, me presentaban ahora la de un tagarote barbudo que se parecía al otro como un huevo á una castaña.

En una de las recámaras estaban el lecho de don Crescencio y doña María Antonia. Era una construcción complicadísima, en que entraban por partes iguales la madera, el latón, el damasco y el terciopelo. En la cabecera tejían

perpetua é inacabable danza dos bandas de pastores con brodequines de raso, sombrero con el ala levantada y sujeta con cintillo, y pastoras de falda de seda y cayado lleno de cintas y flores. Se movían cerca de ríos de leche, sobre flores doradas y bajo árboles azules, rojos y violetas; las ovejitas eran gordas y saludables, como si hubieran sido criadas con trufas y champaña. Allí estaban los retratos de viejos ascendientes de la familia, que antes honraban el salón.

Seguía una recámara pequeña, sin más muebles que una camita de hierro, una mesa de noche y un reclinatorio al pie de una imagen de la Guadalupana.

En un marco dorado, tras un vidrio, estaba un ramito de flores silvestres, ya secas, en que conocí las que había cortado la memorable mañana que salí á espetaperros de la finca de los señores Torres.

Aunque era yo un romántico de los de punta, no bañé con mis lágrimas la cama (el lecho virginal, diría quien se pirrara por las frases consagradas), sino que sencillamente me acosté á dormir en ella soñando cosas placenteras y dulces.

Y al día siguiente, para justificar el nombre que de bandidos y réprobos teníamos los hacheros, me llevé de la casa... ¿un mueble? ¿una alhaja? ¿un documento de los del legajo que decía «Importantísimo»? No, solamente una deliciosa miniatura en cobre que representaba á Trini

tal como de seguro se encontraba entonces, es decir, alta, sonrosada, altivo el continente, brillantes los ojos y recogida la mata de pelo abundoso en un peinado muy lindo.

Salí con mi botín apenas amanecía, dispuesto á pasar en la casa los días que duraran los bárbaros en el pueblo.

¡Qué espectáculo el que me recibió á la salida! La tienda de enfrente estaba abierta de par en par, las puertas quemadas, los cielos rasos rotos y colgando en tiras. La banqueta, el arroyo y todo lo que podía verse en muchas varas á la redonda, estaba lleno de trozos de cristal y loza, tan diminutos, que aunque se hubieran reunido, no se habría logrado averiguar qué había sido vaso, qué plato, qué fuente, qué sopera ó qué salvilla. Estaban también derramados frijol, maíz, granos de sal, pasas, almendras y negro de humo, cubierto todo como máscara hipócrita, con una capa espesa de harina que se pegaba á las suelas de los zapatos.

Todas las casas estaban abiertas, mirándose al través de las rejas baúles vacíos, colchones destripados, tiestos rotos y estiércol de caballerías que habían estado ó estaban todavía atadas á los pilares de los corredores.

Por los balcones de la casa del desgraciado don Pedro Ruiz, se veía la flama de los cirios que alumbraban el cadáver de aquel pobre, inmolado quizás por una equi-

vocación, quizás por un capricho, quizás por una distracción.

Y así seguían viéndose casas abandonadas, tiendas vacías, caras afligidas, gentes que se recataban y apenas se atrevían á hablar en presencia de aquellas cosas.

Por la plaza me encontré al señor cura que volvía con la sotana remangada, el pantalón lleno de barro, el de teja ladeado y la cara de quien no ha probado el sueño.



— Amigo don Juan, ¿dónde se mete que no se le ve para nada? Me ha dejado lidiar solo con esta fiera; y naturalmente, el animal me ha revolcado y en poco estuvo que me matara.

— Señor cura, con malvados como éste no hay gentes ni influencias que valgan. Es una mala vergüenza para usted y para mí, que nos llamamos liberales, soportar el yugo de tal bandido, cuando quien nos lo impone es gente que debería sacudirlo...

— ¡Qué horror, amigo! y comenzó Herrera á besar sus escapularios; ¡qué horror! No hay casa que no haya sido saqueada, no hay señora que no haya sido maltratada; las pobres Celorios, que se habían refugiado en mi curato, fueron llamadas por Rojas. Ocurrieron las viejas, las que tienen el apodo de las Chuparrosas, pero las hizo salir más que de prisa... No, á quien él quería ver era á la chica, á Lupe... Le dijeron que no estaba en el pueblo; pero él se *encaprichó* en que sí y que sí; de seguro había tenido soplo el maldito de que no había tal ausencia, y apersonándose en el curato sacó á la pobre niña más muerta que viva... Sin exagerarle, don Juan, parecía una mártir cristiana que iba á que la degollaran las fieras... Estaba blanca como un papel, con los cabellos rubios caídos por la espalda y nos aclamaba á todos con unas palabras tan tristes, tan tristes, que la verdad no podía uno más que dolerse de ella... Yo, haciendo de tripas corazón, me le paré enfrente á Rojas y le dije: «Señor, usted ha matado ya como un perro al jefe de esta desgraciada familia; pero no tiene derecho de quitarles la honra á los que quedan, porque la honra sólo es de Dios...» ¿Y qué piensa que me contestó?... «Señor Herrera, ó señor loco, sépase que ya me cansan sus mojigangas... Si está de humor de decir sermones, váyase á su iglesia y conmigo no se meta; déjeme en paz, porque si no, mando que lo afusilen... Me he comido puercos gordos, *cuantimás*

un costillar... Miren quién se viene escandalizando de Rojas, el tapadera de González Ortega, que le da atolito con el dedo diciéndole que lo va á hacer arzobispo, ó cardenal, ó papa... Lo hará camote...»

Lleno de cólera y fuera de mis cabales, le respondí entonces: «Lo que el señor Ortega me haya prometido ó dejado de prometer, á usted no le interesa; pero sí puede estar seguro de que el general sabrá lo que aquí ha pasado». «Pues para que usted y él me...» y soltó una blasfemia. La pobre niña salió en brazos de tres de los bribones, uno que le dicen Gallo, otro que le llaman Cigala y otro que le apellidan el Firriche...

Mientras pasaba esto, los demás ladrones se metieron á la iglesia y se sacaron tres cálices, el resplandor y daga de la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, un hilo de perlas finas de la misma imagen, una media luna grande de plata de Nuestra Señora del Rosario, un hisopo de plata, cuatro canutos de plata de los ciriales, un rosario de oro de Nuestra Señora de las Angustias, las potencias de oro del Divino Preso y otras muchísimas cosas... De mi casa se sacaron una riqueza en ropa y alhajas. Sólo de doña Sabina se llevaron cinco pares de zarcillos de oro, once cintillos, una pulsera de oro con piedras verdes, un ahogador de oro, un hilo de perlas finas con calabacillas, otros dos mazos de perlas con dos diamantes encasquillados en oro, cinco mil pesos y algo que no recuerdo.

— ¿Sabe, señor cura, que á pesar de ser todo eso tan espantoso, no me quita la fe en la bendita libertad que tanto amamos? Hay una historia que quisiera poder referirle á usted con todos sus detalles. Un gentil hombre florentino, dió en la manía de catequizar á un judío amigo suyo. Aunque éste se rehusó al principio á abrazar la religión cristiana, al fin convino de buen talante en aceptarla luego que hubiera visto á Roma, al Sumo Pontífice y al Colegio de Cardenales... El catequizador se espantó creyendo que no habría manera mejor de evitar la conversión que dejar al neófito hacer lo que quería; pero como no halló manera de impedirlo, lo dejó partir... Cuando volvió el buen hombre, su amigo fué á verle y le preguntó por el éxito de su viaje: «Vengo, le dijo el otro, á recibir el bautismo; he visto las atrocidades que pasan en Roma, y por ellas me he convencido de que la Iglesia católica tiene fundamento divino; pues si no fuera así, de seguro habría acabado mucho tiempo hace con tantos vicios y tantas iniquidades.»

Y así digo yo; algo debe de tener de noble y de santo nuestra causa, cuando á pesar de los crímenes de Rojas y otros que bien bailan, no ha acabado ni se ha desacreditado.

Hizo señales de asentimiento el buen cura, y luego de reflexionar un rato, me dijo:

— Lo malo es que los malditos se llevaron á Hilaria,

la hija de Cecilio el rebocero; á las dos muchachas de tía Marcelina; á la nieta de don Amador y á la mujer de Norberto el músico... bien que á esa, antes de que se la llevaran los rojeños, se la había llevado el diablo, pues ya usted sabe que tenía hechos cien mil escándalos.

— Pero, señor cura, me admira que usted se espante de esas cosas, cuando en pleno púlpito recordó el rapto de las Sabinas, y, hablando más á lo divino, á las doncellas extranjeras que los israelitas tomaban para su servicio á condición de raerles el pelo, cortarles las uñas y hacerles no sé qué otras ceremonias... ¿Ó lo que es lícito á los soldados de Ortega, no lo es á los de Rojas?

— Sí, sí, no cabe duda que algo de eso se necesita; pero aquella es otra gente.

